

GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1968-1969

PHILIP JOSÉ FARMER
HARLAN ELLISON
FRITZ LEIBER

ROBERT SILVERBERG
POUL ANDERSON
ANNE MC CAFFREY



Los premios Isaac Asimov & Anne McCaffrey & Philip José Farmer &
Hugo 1968-Fritz Leiber & Harlan Ellison & Robert Silverberg & Poul
1969 Anderson

Tercer volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen las novelas y relatos ganadores, entre los años 1968 y 1969, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Unas cuantas palabras más... inesperadamente [Prólogo]
1973 de Isaac Asimov

El vuelo del dragón [Novela Corta] 1968 de Anne McCaffrey

Jinetes de salario púrpura [Novela Corta] 1968 de Philip José Farmer

Voy a probar suerte [Relato] 1968 de Fritz Leiber

No tengo boca y debo gritar [Relato Corto] 1968 de Harlan Ellison

Alas nocturnas [Novela Corta] 1969 de Robert Silverberg

Carne compartida [Relato] 1969 de Poul Anderson

La bestia que gritaba amor en el corazón del universo [Relato Corto] 1969 de Harlan Ellison

Los premios Isaac Asimov & Anne McCaffrey & Philip José Farmer &
Hugo 1968-Fritz Leiber & Harlan Ellison & Robert Silverberg & Poul
1969 Anderson

A la memoria de Hugo Gernsback,
abuelo de todos nosotros.

Unas cuantas palabras más... inesperadamente

Nosotros, los pobres autores, abrumados por el trabajo, nos hallamos constantemente delante de una gran variedad de problemas técnicos relacionados con la mecánica de la publicación de libros, y el resultado es, de forma invariable, que nosotros (no la mecánica) debemos corregir todas las dificultades tecleando en la máquina de escribir y estampando unas cuantas palabras brillantes o unos cuantos miles.

Éste es el problema técnico que me obliga en este momento a enfrentarme con las sonrientes teclas de mi máquina de escribir.

En efecto, hace poco preparé una antología de cuentos, novelas cortas y novelas que conquistaron el anhelado premio Hugo de ciencia ficción durante los años 1962-1970. Los aficionados a la ciencia ficción, que votaron esos premios en las anuales Convenciones Mundiales de Ciencia Ficción, deslumbrados por las estupendas cosechas de esos años, votaron por gran número de historias, muchas de las cuales eran largas. Al final, me encontré con catorce historias que contenían la materia de lectura más deleitosa que se pueda imaginar, diseminada en más de seiscientas cincuenta páginas bien empaquetadas.

Naturalmente, el resultado fue una antología en cartón de una excelencia fuera de serie, por lo que no fue difícil suponer, ni por un instante, que las editoriales de libros de bolsillo caerían unas sobre otras en su afán por reimprimir

tan magnífica colección. El ganador de la carrera, y no es en absoluto sorprendente, fue la estimable y veterana empresa Fawcett Publications, que había editado el primer volumen de Los premios Hugo con el aplauso universal.

Llegó el momento de editar el segundo volumen de Los premios Hugo en libro de bolsillo, y entonces se vio que era imposible comprimir todas aquellas páginas entre una sola cubierta. El libro hubiese resultado demasiado voluminoso para la comodidad que caracteriza al libro de bolsillo.

En consecuencia, decidieron publicarlo en dos volúmenes, el primero de los cuales llevaría, naturalmente, la deliciosa introducción que escribí para el volumen global. El problema, por lo tanto, se planteó respecto a lo que debíamos hacer con la segunda parte de Los premios Hugo, o sea, con este volumen. Dejarlo sin introducción daría lugar a oscuras sospechas de falsedad puesto que todos los aficionados a la ciencia ficción saben que no puedo resistirme al placer de prologar una colección de ciencia ficción tan pronto como cae en mis manos. Lo hago continuamente, pero también «deliciosamente», aunque las historias sean todas mías.

Por otra parte, no era correcto reimprimir la primera introducción y presentarla otra vez en este volumen, ya que entonces, el ansioso lector, al coger un libro que no había leído antes, vería la introducción, la leería y exclamaría: «¡Oh, este libro ya lo he leído!», y devolvería el libro sin llegar a extraer el billetero de su escondite..., con hondo pesar por parte de las buenas personas de la editorial, y con gran enojo por parte mía.

Por consiguiente, acudieron a mí. («De prisa, llama a Asimov», dijeron en las alturas). Querían que explicase la situación... y aquí está. Por favor, compren este libro. No lo han leído antes. Lo que ustedes leyeron antes era la otra parte de Los premios Hugo.

¿De acuerdo?

ISAAC ASIMOV

Los premios Isaac Asimov & Anne McCaffrey & Philip José Farmer &
Hugo 1968-Fritz Leiber & Harlan Ellison & Robert Silverberg & Poul
1969 Anderson

1968 - 26ª Convención San Francisco (Oakland)

El vuelo del dragón

Anne McCaffrey

Anne McCaffrey es una mujer. (Sí, lo es, cosa que uno observa instantáneamente). Lo que hace que esto sea remarkable es que es una mujer en un mundo de hombres, lo cual no le molesta en absoluto.

La ciencia ficción ya no es tan mundo de hombres como lo era antes, por lo que a los lectores respecta. Si hoy en día acudes a una convención, puedes ver que el número de magníficas jóvenes que revolotean ante ti (si eres Harlan Ellison) o que se apartan cautelosamente (si se trata de mí), es aterrador o fascinante, según el punto de vista. (Yo pertenezco al tipo fascinado).

No obstante, los escritores todavía son, en su mayoría, del género masculino. Más aún, pertenecen a un tipo de varón particularmente presuntuoso, acostumbrado a trabajar con otros varones, y un poco trastornado al tener que aceptar a una mujer sobre una base de igualdad.

Esto no es sorprendente. La ciencia es una actividad plenamente masculina (al menos, en nuestra sociedad); por lo tanto, también lo es, o debería serlo, escribir ciencia ficción. ¿No es así como va la cosa?

Y, de pronto, tenemos a Anne McCaffrey, con su cabello de un blanco níveo y un rostro juvenil (el color del cabello es prematuro), unas medidas junescas y una enorme confianza en sí misma, hablando con los hombres siempre que ello es necesario.

Yo congenio maravillosamente bien con Annie. No sólo soy un «feminista» desde mucho antes de que hubiese tantas, sino que además tengo la manera más desarmante del

mundo de mirar unas medidas junescas, lo cual convence a toda mujer que las posee que tengo buen gusto.

En agosto de 1970, Annie y yo fuimos coinvitados de honor en una conferencia sobre ciencia ficción en Toronto. Esto significó una cosa: sostuvimos una de nuestras perennes competiciones de canto. Cantamos en voz muy alta y, finalmente, llegamos a un verdadero clímax, lo que siempre sucede al entonar «Cuando sonrían los ojos irlandeses».

Cada cual tenemos nuestro orgullo, claro, no tanto en la habilidad de cantar, como en cuanto al tono y la resistencia. Y mientras todos los componentes del auditorio procuran ponerse a una distancia conveniente, nosotros cantamos más alto y más fuerte. (Yo poseo una voz resonante de barítono, aunque Annie, perseverante, asegura que soy tenor. «No hay que fiarse de un tenor», suele decir misteriosamente).

La cosa siempre termina de la misma manera. En la nota final, ella respira hondo y sostiene la nota. Yo hago lo mismo, pero antes de un minuto, me debilito, me ahogo y callo, mientras que la nota final de Annie continúa alta, estridente y penetrante, durante, al menos, más de quince minutos.

Entonces, todo el mundo aplaude y cuando yo objeto: «Esto no es justo. Ella tiene pulmones de recambio», y señalo las mencionadas proporciones junescas, a nadie parece importarle en absoluto mi observación.

Annie está en Irlanda por bastante tiempo, y la echo de menos.

¿Cuándo una leyenda es leyenda? ¿Por qué un mito es un mito? ¿Cuán antiguo y desusado tiene que ser un hecho para ser relegado a la categoría de «Cuento de hadas»? ¿Y por qué determinados hechos permanecen incontrovertibles mientras que otros pierden su validez para asumir un carácter gastado e inestable?

Rukbat, en el sector de Sagitario, era una estrella dorada tipo G. Tenía cinco planetas y uno extraviado que había atraído y retenido en el reciente milenio. Su tercer planeta estaba envuelto por aire que el hombre podía respirar, decantaba agua que el hombre podía beber, y poseía una gravedad que permitía que el hombre andase confiadamente erecto. Los hombres lo descubrieron y no tardaron en colonizarlo. Hacían eso con todos los planetas habitables, y luego —bien por insensibilidad o a través del colapso del Imperio, los colonos nunca lo descubrieron y eventualmente se olvidaron de preguntarlo— dejaban que las colonias se las arreglaran por sí mismas.

Cuando, por primera vez, los hombres se establecieron en el tercer mundo de Rukbat y lo llamaron Pern, apenas se habían fijado en el extraño planeta que giraba alrededor del que ellos habían adoptado en una órbita elíptica descabelladamente errática. Al cabo de unas cuantas generaciones, olvidaron su existencia. La absurda órbita del planeta errante le acercaba a su hermanastro cada doscientos años (terrestres) en el perihelio.

Cuando los aspectos eran armónicos y la conjunción con su planeta hermano lo bastante próxima, como ocurría a menudo, la vida indígena del planeta errante trataba de salvar el abismo espacial hasta el planeta más templado y hospitalario.

Durante la frenética lucha para combatir aquella amenaza que caía a través de los cielos de Pern como hebras plateadas, el tenue contacto de Pern con el planeta madre quedó roto. Con cada nueva generación, los recuerdos de

la Tierra se alejaron un poco más de la historia pernesa, hasta que la memoria de sus orígenes degeneró, más allá de leyenda o mito, en olvido.

Para prevenir las incursiones de las temidas Hebras, los perneses, con la inventiva de sus olvidados antecesores terráqueos, desarrollaron una variedad altamente especializada de forma de vida indígena de su planeta adoptado. Los humanos que poseían un elevado nivel de empatía y cierta capacidad telepática congénita fueron adiestrados para utilizar y conservar este singular animal, cuya capacidad de teleportación era de gran valor en la ardua lucha para mantener a Pern libre de Hebras.

Los alados, rabudos y escupefuego dragones (bautizados con ese nombre a causa de los legendarios animales terrestres a los cuales se parecían), sus jinetes, una raza aparte, y la amenaza contra la que combatían, crearon un grupo enteramente nuevo de leyendas y mitos.

Una vez a salvo de todo peligro inminente, Pern estableció un sistema de vida más cómodo. Como las leyendas caen en descrédito, los descendientes de los héroes cayeron en desgracia.

Tambor redobla y flautista sopla,
arpista toca y soldado marcha.
Libera la llama y quema las hierbas
Hasta que haya pasado la Estrella Roja.

Fría, con algo más que la frialdad de las perpetuamente viscosas paredes de piedra, Lessa despertó. Fría, con la presciencia de un peligro más intenso que el que hacía diez Revoluciones enteras la había enviado, gimiendo de terror, a ocultarse en la fragante madriguera del wher guardián.

En la paja de la olorosa quesería que compartía como dormitorio con los otros marmitones, Lessa yacía rígida a causa de la concentración. En el ominoso portento había un apremio distinto a cualquier otra advertencia. Captó la

vigilancia del wher guardián, bamboleándose en sus rondas en el patio. Daba vueltas en torno al estrangulante límite de su cadena. Estaba desvelado, pero indiferente a algo anormal que acechaba en la oscuridad que precedía al amanecer.

Lessa se enroscó en un apretado nudo de huesos, abrazándose a sí misma para aliviar la tensión a través de sus tensos hombros. Luego, obligándose a relajarse, músculo por músculo, articulación por articulación, trató de percibir la sutil amenaza que la podía angustiar, sin inquietar al sensible wher guardián.

En concreto, el peligro no se encontraba dentro de las murallas del Fuerte de Ruatha. Ni tan siquiera se acercaba al enlosado perímetro exterior del Fuerte, donde la implacable hierba se había abierto paso a través del antiguo hormigón, verde testigo del deterioro del otrora Fuerte de piedra limpia. El peligro no avanzaba por el ahora poco utilizado estriberón que ascendía del valle, ni acechaba en las viviendas de piedra de los artesanos al pie del acantilado del Fuerte. No perfumaba al viento que soplaba desde las frías playas de Tillek. Pero, sin embargo, los agudos sentidos de Lessa lo sentían haciendo vibrar todos los nervios de su delgada figura. Desvelada por completo, trató de identificarlo antes de que su prescencia se desvaneciera. Se proyectó al exterior, hacia el Paso, más lejos de lo que nunca había llegado. La amenaza no estaba en Ruatha..., todavía. Ni tenía un sabor familiar. Así pues, no era Fax.

A Lessa le había complacido cautelosamente que Fax no se hubiera dejado ver en el Fuerte Ruatha en tres Revoluciones enteras. La apatía de los artesanos, la decadencia de los dominios agrícolas, incluso las piedras atacadas por la hierba del Fuerte enfurecían a Fax, autonombrado Señor de las Altas Extensiones, hasta tal punto que prefería olvidar el motivo por el cual había sometido al, en otro tiempo, orgulloso y rentable Fuerte.

Implacablemente impulsada a identificar aquella opresora amenaza, Lessa buscó a tientas sus sandalias entre la paja. Se levantó, sacudiendo maquinalmente la paja pegada a sus largos cabellos, que rápidamente recogió en una especie de moño sobre su nuca.

Entre los marmitones dormidos, apretujados para calentarse unos a otros, avanzó con cuidado y subió los gastados peldaños que conducían a la cocina. El cocinero y su ayudante yacían sobre la larga mesa delante del gran hogar, recibiendo en sus anchas espaldas el calor del fuego mortecino y roncando de un modo discordante. Lessa se deslizó a través de la cavernosa cocina hasta la puerta del patio-establo. Abrió la puerta sólo lo necesario para que pudiera pasar su delgado cuerpo. A través de las finas suelas de sus sandalias notó los helados guijarros del patio y, cuando el aire de la madrugada cruzó la débil barrera de su vestido remendado, Lessa se estremeció.

El wher guardián avanzó con paso torpe a través del patio para ir a su encuentro, suplicando, como siempre hacía, que lo soltara. Cariñosamente, Lessa acarició los dobleces de las puntiagudas orejas mientras el animal se acomodaba a su paso. Mirando la espantosa cabeza, Lessa le prometió una buena rascada dentro de un rato. El animal se agachó, gruñendo, mientras Lessa subía los acanalados peldaños que conducían al baluarte sobre la maciza poterna del Fuerte. En lo alto de la torre, Lessa miró hacia el este donde los senos de piedra del Paso se erguían en una recortada silueta negra contra las primeras claridades del alba.

Indecisa, giró a su izquierda, ya que la sensación de peligro procedía también de aquella dirección. Miró hacia arriba, sus ojos atraídos por la estrella roja que había empezado a dominar el cielo del amanecer. Mientras miraba, la estrella irradió una última pulsación rúbea antes que su resplandor se perdiera con el brillo del sol naciente de Pern. Incoherentes fragmentos de cuentos y baladas sobre la aparición, al amanecer, de la estrella roja cruzaron por el ce-

rebrote de Lessa. Lo cruzaron con demasiada rapidez como para que tuvieran sentido. Además, su instinto le decía que, si bien el peligro podía proceder del nordeste, también existía un peligro mayor con el que enfrentarse procedente del este. Tensando sus ojos como si la visión pudiera salvar el bache entre peligro y persona, miró fijamente hacia el este. La leve y silbada pregunta del wher guardián la alcanzó en el preciso instante en que la presciencia se desvanecía.

Lessa suspiró. No había encontrado ninguna respuesta en el amanecer, sólo portentos discrepantes. Tenía que esperar. La advertencia había llegado, y ella la había recibido. Estaba acostumbrada a esperar. Astucia, resistencia y superchería eran sus otras armas, cargadas con la inagotable paciencia de una dedicación vengativa.

El desordenado paisaje, los campos sin labrar en el valle inferior, se vio iluminado por la luz del alba. Aquella luz cayó sobre raquíuticos prados, donde los dispersos rebaños de animales de leche cazaban desperdigadas briznas de hierba primaveral. En Ruatha, murmuró Lessa, la hierba crecía donde no debía, y moría donde debía florecer. Ahora, Lessa apenas podía recordar el aspecto que había tenido el Valle Ruatha en otros tiempos, dulcemente risueño, ampliamente feraz. Antes de que llegara Fax. Una extraña sonrisa distendió unos labios desacostumbrados a semejante ejercicio. Fax no obtuvo ningún provecho de su conquista de Ruatha... No lo obtendría mientras ella, Lessa, viviera. Y Fax no tenía la menor sospecha de la fuente de esta ruina.

O la tenía, se preguntó Lessa, su mente reverberando aún a causa de la salvaje presciencia de peligro. Al oeste se encontraba el ancestral y único Fuerte legítimo de Fax. Al nordeste sólo había desnudas y rocosas montañas y el Weyr que protegía a Pern.

Lessa se desperezó, arqueando su espalda, aspirando el suave y puro viento matinal.

En el patio-establo el gallo cacareó. Temiendo ser observada en una postura inusitada en ella, Lessa se sobresaltó, súbitamente alerta. Soltó sus cabellos, dejando que cayeran alrededor de su rostro, semiocultándolo. Su cuerpo recuperó su fingido desmadejamiento. Bajó rápidamente la escalera, dirigiéndose hacia el wher guardián, que gritó en tono lastimero, con sus grandes ojos parpadeando contra la creciente claridad. Indiferente al hedor de su fétido aliento, Lessa atrajo la escamosa cabeza hacia ella, rascando sus orejas y sus párpados. El wher guardián estaba extasiado de placer, con su largo cuerpo tembloroso y sus cerradas alas vibrando. Era el único ser en todo Pern en quien ella había confiado desde el amanecer en que había buscado ciegamente refugio en su oscura y hedionda madriguera para escapar de las sedientas espadas que habían bebido con tanta avidez sangre de Ruatha.

Lentamente, Lessa se irguió, recordándole al wher guardián que, por si había alguien cerca, debía mostrarse tan arisco con ella como con todos los demás. El animal prometió obedecerla, oscilando hacia atrás y hacia adelante para subrayar su disgusto.

Los primeros rayos del sol resbalaron sobre la muralla exterior del Fuerte y, gruñendo, el wher guardián penetró en su oscuro nido. Lessa regresó rápidamente a la cocina y a la quesería.

Desde el Weyr y desde el Cuenco,
Bronce y pardo y azul y verde,
Se elevan los dragoneros de Pern,
Arriba, en escuadrón, visibles, luego invisibles.

El primero en aparecer en los cielos encima del Fuerte principal de Fax, llamado Señor de las Altas Extensiones, fue F'lar, que apareció sobre el gran cuello de bronce de Mnementh. Tras él, en perfecta formación triangular, se hicieron visibles los hombres voladores. Maquinalmente, F'lar

revisó la formación; era tan precisa como en el momento de su entrada al *inter*.

Mientras Mnementh se curvaba en un arco que les llevaría al perímetro del Fuerte, consecuente con la naturaleza amistosa de esta visita, F'lar observó con creciente disgusto el mal estado de las defensas del espolón. Los pozos de pedernal estaban vacíos, y los canalones cortados en la roca que irradiaban de los pozos aparecían teñidos de verde con una vegetación musgosa.

¿No había un solo Señor en Pern que, en cumplimiento de las antiguas Leyes, mantuviera rocoso su Fuerte? Los labios del F'lar se apretaron hasta formar una línea más estrecha. Cuando esta Búsqueda terminara y se realizara la Impresión, habría que celebrar un Consejo solemne y punitivo en el Weyr. Y por la dorada concha de la reina que él, F'lar, sería su moderador. Cambiaría el letargo por el trabajo. Barrería la verde y peligrosa escoria de las alturas de Pern, las briznas de hierba de sus estructuras de piedra. No habría indulto alguno para ninguna cenefa verde en ningún Fuerte y los diezmos que habían sido pagados con tanta tacañería, tan a regañadientes, afluirían, bajo pena de pedernalia, con honesta generosidad al Weyr de los Dragones.

Mientras se disponía a posarse ligeramente sobre las losas veteadas de hierba del Fuerte de Fax, Mnementh murmuró su aprobación. El broncíneo dragón plegó sus grandes alas, y F'lar oyó el claxon de aviso en la Gran Torre del Fuerte. Cuando F'lar indicó que deseaba desmontar, Mnementh se dejó caer de rodillas. El broncíneo jinete permaneció de pie junto a la enorme cabeza cuneiforme de Mnementh, esperando cortésmente la llegada del Señor del Fuerte. La ociosa mirada de F'lar se posó en el valle, caliginoso bajo la luz del sol de la cálida primavera. Ignoró las furtivas cabezas que, desde las troneras de los parapetos y las ventanas del acantilado, espían al dragonero.

Cuando una fuerte corriente de aire le anunció la llegada del resto de los jinetes, F'lar no se volvió. Supo, sin em-